



hojas de arte y letras

2-3

cádiz

COLECCIÓN «ISLA»

CARLOS MARÍA DE VALLEJO: «LOS MADEROS DE SAN JUAN». (Glosario de rondas y canciones infantiles). — 5 pesetas.

JOSÉ F.^{co} DÍAZ DE VARGAS: «SEGADOR EN EL VIENTO». (Poemas). — 4 pesetas.

PEDRO PÉREZ CLOTET: «TRASLUZ». (Poemas). — 4 pesetas.

Seguirán otros volúmenes de VICENTE CARRASCO, RAFAEL DE URBANO, P. PÉREZ CLOTET, etc.

redacción:

marqués de cádiz, 5

Mentor: Pedro Pérez Clotet

Traducciones libres del poeta Magiar Andres Ady

por JOSÉ MARÍA PEMÁN

«Ha llegado, para el mundo, el momento de enterarse de que en estos tiempos de agitación y tristeza, ha vivido entre nosotros el más grande y dolorido poeta que jamás haya producido aquella pobre tierra de Hungría y acaso el más grande poeta de nuestra época».

LOUIS JOSEPH FÓTI

EL OTOÑO EN PARÍS

(L'automne à Paris).

Se entró ayer, de puntillas,
el otoño, en París, secretamente.
Yo lo encontré escondido
entre las silenciosas hojas verdes
del boulevard de Saint Michel.

Yo iba

hacia el Sena, cantando,
sin cantar, vagamente,
cancioncillas sin dueño ni palabras:
de esas que apenas nacen y se mueren.

Se me acercó el otoño.
Me susurró palabras al oído.
Se llenó el boulevard de un cuchicheo
beato, de hojas verdes.

Fué tan solo un instante.
Ni el verano lo supo.
Solo yo sé que estuvo ayer, de incógnito,
el otoño, en París...

EL DANUBIO Y EL SENA

(Au bord de la Seine).

A orillas del Danubio
me persiguen los malos pensamientos.
A la orilla del Sena,
me acunan dulcemente,
las blancas manos vírgenes del sueño.

París me envía su mejor sonrisa
y yo con mi mejor sonrisa le contesto.

Allí en París soy bello, alegre, heroico,
y mis canciones hablan
de rosas y de besos.

Santa Cecilia se asoma
como a un pozo de agua clara,
a mi alma de niño bueno.

Al borde del Danubio
se me huye la alegría
y busco en la botella paraísos
y propósitos densos.

Allí, en París, el alma se me duerme
sobre la tarde azul de terciopelo.
¡Allí la vida es una amiga joven,
que tiene el alma clara
y fáciles los besos!

Quevedo al desnudo

Al solemnizar los trovadores las coronaciones de los príncipes, los prístinos rayos del sol literario alumbran desde Cataluña las blancas páginas de la historia española. Después los propios reyes trovan y componen, cantando hazañas de otros monarcas o narrando las propias. El reinado de Pedro III, el protector de ciencias y artes, marca un esplendor de cultura sobresaliente. Castilla y León, mientras Cataluña marcha con luz propia intelectual, luchan incesantemente contra los sarracenos, casi sin grandes villas ni puertos de mar, exentas de comunicaciones con el resto de Europa, formando un cuerpo guerrero siempre con el pie en el estribo y el casco en la cabeza. Alfonso el Sabio es quien organiza y propaga el cultivo de las bellas letras y de las ciencias. En el reinado de Juan II el palacio conviértese en una verdadera Academia, multiplicándose las fiestas literarias. Y al matrimonio de Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla, es a su alrededor, girando sobre el espíritu guerrero de la raza castellana, donde está todo el ingenio, presto en espíritu y en cuerpo a lanzarse en conquista de gloria y tierra para el poder real, cual héroe en el que lo personificase después Cervantes.

Este panorama histórico nos muestra al arte apresado en un círculo cortesano. Son reyes y príncipes los motores del ingenio. La inspiración se avasalla a la vanidad y al poder, haciendo posible la realización artística por un Domingo Moscó de unas «reigles d'amor y'l parlament d'un home y d'una fembra» a instancias de Doña Carrossa, dama del Rey D. Juan, y llegando hasta la representación en el Palacio Real de Valencia por él mismo—cual otro Shakespeare—de su tragedia «L'home enamorat é la fembra satisfeta».

Vemos a los poetas de Lemosín y de Gasuña cuando vienen galopando en corceles de curiosidad hacia las ciudades y las costas de los reyes castellanos, encontrar bajo los arcos de la hospitalidad franca la marcha triunfal de las grandes simpatías conque los acogen barones y damas. Alfonso VII se dirige al trovador Macabries para que le componga un serventesio capaz de decidir a los barones de la Guiena y del Poitou a levantarse en armas en su auxilio contra los sarracenos. Bonifacio Calvo consigue nimbar su cabeza con la falsa corona de favorito del Rey Sabio, adornándola con las irónicas pedrerías de unos comentarios hechos alrededor de sus intimidades con cierta princesa de sangre real. Este mismo, Bonifacio Calvo, ayuda al rey a redactar sus Cántigas y le imbuye la idea de que proteja las letras. Perteneciendo Italia políticamente a España—en ese ambiente del reinado de Carlos V—es la España literaria la que se inunda de un ampuloso dominio italiano. Y más cerca ya vamos a Alonso de Ercilla arrastrar su ingenio como paje del Príncipe de Asturias; y el mismo Cervantes, cuando España se obsitina en sostener ideales muertos, cuando su fúnebre monarquía, cuando su

feroz gobierno empieza a llevar a los españoles a guerras improductivas, estériles para la humanidad y para la nación, diezmando las familias, desolando las madres, degenerando la raza y, en una palabra, llevando la flor de la nación a matar o a morir bajo pomposas banderas, en cuyas ondulaciones se estampan con sangre las palabras huecas: «honor», «gloria militar», «fidelidad al trono», cuelga de su pluma aquellos célebres versos al Conde de Lemos.

Es un vasallaje histórico, vuelvo a repetir, ininterrumpido, que se desliza con el tiempo. Hacia la vanidad y el poder. Porque el poder y la vanidad son árbitros de la vida. Y cuando ello no parece tener posible alteración, es precisamente un descendiente de la linajuda e ilustre estirpe asentada en el Valle de Toranzo, en las montañas de Burgos, el espíritu franco y liberal que se mantiene indoblegable ante los más altos poderes, iluminando los caminos intelectuales de sana libertad. Estamos ante don Francisco de Quevedo.

En aquellos momentos de la vida nacional sus grandes cualidades políglotas le dan una plataforma universal que engendra un estilo propio, festivo, político, satírico, filosófico o moral, según las circunstancias. Su obra nace y se expande. Y unas veces en fragmentos no siempre fieles, y otras en refundiciones parciales, corre o circula de un siglo a otro, falseada en tiempos, olvidada en otros, hasta que hoy Luis Astrana Marín nos trae en sus dos volúmenes que ha editado Manuel Aguilar, el Quevedo que rompió el vasallaje a la vanidad y el poder que arrastraba de la mano toda la historia literaria española.

Es un Quevedo que trae Astrana Marín invitado a pasar de la historia al tiempo para destruir leyendas. Porque de leyendas formó el tiempo un Quevedo, que ahora, al sacarlo real y puro en todas sus obras la labor meritísima de Astrana Marín, surge en nuestra mesa aquel Quevedo de la historia como un Quevedo nuevo.

Las noticias y anotaciones que el autor ha puesto en los volúmenes, muestran el cariño y depuración con que se ha seguido la verdad en una vida dada por entero a su instante, a la atmósfera social de su época. Quevedo no es abstracto, es práctico. Es el precursor de lo que más tarde se llamaría «deber de la época». Yo hablo—dice en la «Política de Dios»—palabras nacidas con la necesidad, y escribo para ser medicina, no entretenimiento. Es su verdad. Verdad que es suya, porque es necesidad de su tiempo, de su época. Y nunca mejor traída su figura a primer plano sobre el fondo histórico, que en estos momentos de España. Momentos en que, como siempre, la vida camina con grandes necesidades que han de sacar a luz las nuevas generaciones, para dar con su verdad.

HOMENAJE A LOS ROMANTICOS

A la madrugada
cuando los vagones del «Metro» pasan llenos de niños dormidos
cuando hay alguien que muere de palidez
y se quedan laxos los músculos del corazón
cuando la angustia enraíza nuestros pies
y las calles charoladas queman sus últimas tristezas;
cuando se aplana todo sobre mí y sobre ti
entonces yo diré mi tristeza de siempre.

Desgarrará mi subconciencia turbia de noche
un primer rayo de sol; y el instante
temblará de ternura. Tu serás...

Tú serás, como entonces, una frágil memoria
de translúcidas manos;
yo intentaré todos los raptos que salen en las novelas
llevándote blanca, laxa y doblada entre mis brazos de niebla.

¿Por qué mi sonrisa patética? Camino
sueño arriba, hasta llegar a aquella cima
tuya, tan de ti para ti. Pienso que nada es nada;
que nada es forma y color. Que tu mano
es aquella música vaga; que tu rostro
es aquel vuelo circunvolante de ave
sobre la isla de mi sueño;
que tu voz es el lirio muerto de mi adolescencia.

Quizás hayan hecho tu vestido de aquel grito de júbilo que
fué mi anunciación primera
que tu cabello...

Por esto ahora mi tristeza de siempre.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA

AUSENCIA

A Trinidad Japp

Si fuera la ausencia un vaso
y fuera cristal tu cuerpo,
y pudieras irte un poco
sin irte demasiado lejos,
desnudarte sin oscurecerte,
dejarle lo suyo al viento
y al acostarte cada noche
dormir sin sombras bajo el lecho,
y despertarte cada mañana
sin el calor de un recuerdo;

derramaría la ausencia

y tras los muros de tu pecho
vería los lugares mismos
donde me tiendes cuando duermo,
y al alejarte te atraería
porque mis brazos irían creciendo,
y al desnudarte se abrirían
las ventanas que nadie ha abierto,
brincaría la libertad
como si el mundo no fuera un sueño,
y muslos, brazos y hombros
tendrían sombras y recuerdos.

RENUNCIA

Vamos a renunciar a lo que existe,
ya sean los castillos o la muerte,
bien mi júbilo o tu huida,
sobre la hierba, en busca.
Lo que existe se pierde entre las manos,
es el humo, el recuerdo de las hojas,
el visillo temblando, la apariencia.
Estás sobre los filos de la sierra,
que ceñía mi infancia de morados
y azules, contra el cielo azul o blanco?
Estás en el perfil de mi memoria
como esta misma tarde? Estás en donde
lo que no existe comienza a deslumbrarnos?
No cabes en el mapa que entreabren
mis ojos al abrirse; lo desbordas.
Desbordarías el mar, a Dios, lo inexistente.

JOSÉ A. MUÑOZ ROJAS

ONDINA

1

Mauricio, el tonto, sentado en la arena, contempla el vaivén del mar. Va descalzo, vestido de andrajos. En invierno acuden a él todos los despojos de aquel pueblecito costero. De cada casa le arrojan una prenda. En verano se le van cayendo hasta quedar medio desnudo. Le basta un girón de camisa, un guiñapo del pantalón. Y, para comer, un mendrugo. Sentado en la arena, ve llegar la espuma y se deja salpicar la cara. Se deja lamer los pies. ¡Qué gusto! La espuma le sube por las piernas, le ciñe la cintura. El agua está tibia. Otros niños sólo tienen una muchacha, una madre que los lave. Mauricio tiene el mar: un mar ancho, rizado, ondulante. Verde, blanco y azul. Maravilloso mar que cada mañana le trae un juguete. Otros niños sólo tienen un abuelo o una hermana que les compren juguetes. Mauricio tiene el mar, que un día le regaló un puño de bastón, otro día un zapato, y, otro, un lindo caracol. Y puñados de conchas, y de cosas que él no sabe nombrar, que, a veces, le dan miedo.

—¡Uh! ¡Uh!—grita entonces. Y se adelanta a recoger los juguetes. Huye de las cosas que le dan miedo. Una vez llegó un hombre destrozado... Juguetes que encierra en una cueva. Nadie conoce el escondite.

¡Uh! ¡Uh!—. Es el dialecto de Mauricio. Porque no sabe hablar como los demás niños. Una tarde le llevarán al colegio, y todos se le reían. El maestro le miraba muy triste. No le llevaron más. Otros niños tienen libros, y acuden al colegio a aprender ciencia y travesuras. Mauricio sólo tiene el mar, que tampoco sabe leer, ni sabe decirle nada. Ruge como Mauricio. Dulcemente, unos días; otros, con furia, según su humor. Mauricio ruge dulcemente, como un leoncillo hambriento. Es dócil, como la arena que se le hunde bajo los pies. Cuando le llaman para darle pan, acude muy alegre. Cuando le dan un cachete lo recibe también riendo. Apenas sabe distinguir una caricia de un insulto. Le dicen: «¡Ven aquí, idiota!» y acude brincando de gozo. «¡Ven aquí, hijito!» y acude también, alborozado. Recoge el pan, las manzanas o el golpe, y vuelve a sentarse en la arena, a mirar el mar, a esperar otro juguete. Cuando el mar se va poniendo sombrío, cuando el agua se va sorbiendo los colores lindos y sólo queda plomo y ceniza sobre su ondulante piel, y las olas empujan al sol y todo el cielo se apaga, Mauricio se alza de la arena, y, despacito se hunde en las callejas del pueblo. Hay allí una casita de mendigos, y, en ella, un montón de paja y unos guiñapos. Allí se tiende Mauricio, a esperar la mañana. Aquello no es tan blando como la arena, pero Mauricio se duerme oyendo el bramido del mar, su camarada.

2

El domingo, bajan los niños a la playa; y, en una lancha roja, se acerca una niña tostada por el sol, semidesnuda.

—¡Mira el idiota, Susana!

—¡Pobrecillo!—Y se acerca a acariciarle. Mauricio la mira con sus dos grandes ojos que nada dicen, que sólo tienen dentro un poco de azul, un granito de sol. Le da bombones.

—Para ti, Mauricio. ¿Quieres jugar con nosotros?

—No sabe jugar a nada. Es tonto.

—No importa. Se sentará conmigo. Le peinaré, porque va muy sucio.

—¡Quiere ser su novia! ¡Susana quiere a un idiota!—Pero siguen jugando y se olvidan de Mauricio y de Susana. Los dos se sientan muy juntitos, y ella le acaricia la frente, le atusa la pelambre. Una tarde, Susana lleva a la playa su pastilla de jabón y un peine. Otra tarde, lleva su aguja y un carrete de hilo. Cose a Mauricio la camisa y un rasguño del pantalón. Otro día, le lleva una gorrita azul, y siempre, bombones... Mauricio tiene ya dos amigos: Susana y el mar. La voz de Susana es dulce, como los bombones, y sus manos son finas como de seda, como el musgo recién lavado de las rocas. Mauricio le toca el pelo rubio y las manos, embelesado... Alguna vez ella se despide brucamente, se hunde en su lancha roja, se borra en el mar.

—¡Adiós, adiós! ¡Te traeré queso y manzanas!—Y Maricio, plantado en la arena, la ve marchar hacia un islote verde que sirve de merendero a los turistas. Mauricio no puede ir allá, pero a la vuelta, Susana le traerá merienda: queso, frutas, algún trozo de embutido. Mauricio lo come lentamente, sentado en la arena, mientras el mar se merienda también muy despacio el sol, gran naranja encendida. Cuando termina la merienda, ya hace frío, y el mar se enfurruña como todas las noches. Hay riñas entre él y las nubes. Todo se mezcla. Arriba y abajo, todo es ya mar, un mar borroso, sin colores verdes, azules y violetas. Un doble mar gris, ceniciento, negro, fosco, irritante. Mauricio le arroja los despojos del salchichón y de la fruta y se aleja sin volver la cabeza. Aquel amigo le fastidia un poco. Le trae juguetes muy sucios. Nunca bombones, como Susana. Desde entonces ya sólo quiere a la niña forastera.

3

Aquel domingo vienen los muchachos, riendo, saltando, como siempre. Mauricio busca entre ellos a Susana. Susana no viene. Espera un poco... ¡No viene, no viene! Mira con sus grandes ojos azules a los niños. No sabe preguntarles de otro modo. Pero los niños sólo saben el idioma del colegio, aun no saben el idioma del instinto. Al fin uno de ellos grita:

—¡Eh! ¡Susana ya no viene! ¡Susana ya no viene! ¡Ni vendrá!

El sólo oye una palabra. El sólo ve un gesto de burla. Mauricio no conoce los tiempos del verbo. Viene... Vendrá... Para él es lo mismo. Sólo oye: Susana... Susana... Como un perrillo entiende el nombre de la niña que le tira de las orejas y le da trocitos de carne de menbrillo o terrones de azúcar. Se siente muy triste en la arena, frente a los rapaces. Pero, de pronto, le entra una alegría... ¡Ya, ya lo sabe! Susana fué a merendar. Sólo que él no estaba allí cuando zarpó la lanchita. Susana está en el islote. Le traerá salchichón y manzanas. Y un trozo de aquel pan tan sabroso, que amasan para los dientecillos blancos de Susana. Mauricio espera. Ella volverá más tarde, al ponerse el sol. La traerán las sombras. Cuando Susana abandona el agua, el mar se queda muy triste y muy frío, merendándose el último pedazo de sol rojo... Espera, hasta muy tarde. No ha comido nada, desde la mañana. Todos han merendado, hasta el mar. El esperaba el regreso de la lanchita color de sangre donde brinca la risa de Susana, donde se alzan aquellas manitas blancas brindándole fruta. No viene. Ya es de noche, muy de noche. El mar ruge desesperadamente, como león hambriento. ¡Que se trague la fría rodaja de la luna! Pero esa no le gusta. Ruge toda la noche, llamando al sol, siempre nuevo, siempre tan sabroso, tan caliente. Mauricio se cansa de esperar. Allí en el islote, Susana le habrá olvidado. Y él tiene hambre. Lo mejor es ir a buscarla. Sí, sí. Lo mejor es ir a buscarla. Vacila un instante... Por fin se interna en el mar. Va hundiéndose... Allí, en el islote, le aguarda Susana, con su pastilla de jabón de olor, con sus bombones. Rectilíneo, iluminado, va siguiendo su ruta, en brazos del mar, su viejo amigo, hacia la pequeña novia. Avanza, desaparece.

...Al día siguiente, las olas dejan en la arena otro regalo de Susana, la gorrita azul de Mauricio.

BENJAMÍN JARNÉS.

Obsesionada de oros
sale, gitana, al camino.
Espina dorsal del viento,
pasará el cielo a tornillo.
Cansada y doliente, danza
un lento compás de rito,
y se ondula, humo moreno,
esbeltez en equilibrio.
La luna de su garganta
la eclipsará el apetito.

CARLOS FENOLL.

En círculo de carta, luz de oliva:
verdes llamas, traslúcidos abríles
que la ascensión metálica cautiva
en corros de cristal, a veces viles.
Por el bis de colores de la ojiva
medias vueltas peritas en candiles,
¡picos!, a suavizar van sus garruchas
furtivas sacristanas, beatas duchas.

MIGUEL HERNÁNDEZ GINER.

MUNDO NUEVO

El gallo que despista al reloj de la noche
y el caracol que roba primavera a la luna.
La rosa que no sufre la mirada del cielo
y el viento que desnuda los espejos más hondos.

Y estas horas agudas de ceniza y montaña,
con un perfil de duelo y un acento de adelfa,
con árboles que lloran lentas lágrimas verdes
y ríos que desgarran su carne entre los sauces.

Y estas tardes de abril herméticas, cerradas
como el alma de acero de un difícil teorema,
en que ni el ave tiene rizados madrigales,
ni los caminos vida, ni las colinas lógica.

El mundo ya es tan viejo, tan viejo y tan gastado,
que una hilera de hormigas nos embarca en su fiesta.
El mundo es tan pequeño que una nube nos dice
la razón de la duda y el porqué del misterio.
Y la escondida yerba, junto al árbol gigante,
nos unge el corazón con su ingenuo saludo.

El mundo es tan incierto que deja nuestros ojos
ciegos a la alta luz del compás y la escuadra.

Ya no existen paisajes ni libros de oceano.
Ya no hay exactitudes para amar, ni aventuras
que nos abran el alma de un país ignorado.
Ya no hay pista sin pasos ni cine sin fronteras.

En este inmenso mapa de sombras primitivas
sólo una blanca isla, como un alba, renace:
el gallo que despista al reloj de la noche,
el caracol que roba primavera a la luna...

P. PÉREZ CLOTET.

MIRADORES

¿Te acuerdas, Joaquín Romero,
de aquella tarde de otoño,
en la que fuimos cazando
—cazadores de los oros
ponientes—, las rosas claras
del sol último, en los fondos
blancos, de los miradores
de Cádiz?

¡Era ya todo
sombra violeta en las calles:
y aún estaban ellos solos
fingiéndose un mediodía
resplandeciente de oro!

¿Te acuerdas, Joaquín Romero,
qué afán de volar nos daba,
qué anhelo de llegar pronto?
¡Y qué sentido de muerte
y resurrección, tenía
la alta llamada de oro

Para Joaquín Romero Murube:
poeta de Sevilla.

mirada desde la sombra
de la calle!

Y yo, de pronto
—¿te acuerdas, Joaquín Romero?—,
dije aquellos versos locos
con zumbido de habanera
y fina pulpa de coco:

«Niña Dolores:
mi cuerpo va por la calle,
mi alma por los miradores.

Niña Dolores:
asómate al mirador
y te diré que te quiero»....

¿Te acuerdas, Joaquín Romero?

JOSÉ MARÍA PEMÁN

Rumbo a lo tierno

POEMAS

a)

La golondrina bebe con ansia mediodías levantinos
mientras la mocita a la vera del Río desnuda su candor.
Tórnanse rojizos los juncos verdes—¡los verdes juncos!—,
y «Paloma» la mi cordera, bala y mordisquea frescores
de brisas.

(En el Malecón, la moza canta una tierna canción).

b)

Interiores de ciudad. Silencio en callejas olorosas a
mujer ¡que es tu olor, hermanita!

Oyese voz infantil, suplicante: «Anda, mamita, vísteme
traje lindo que a la Alameda he de ir» ¡Lindo traje que
vestir y que lucir!

(Madre y hermanas sonrien—con copia de la tu sonrisa—,
y hay ancho revuelo). Y en las almas paz.

c)

A la sombra verdinegra del castaño, pienso en ti,
Mujer. Es día de la Asunción y sólo las hormiguitas
trabajan, ¡hala, hala!...

(Hasta el pensamiento mío descansa, en la callada tarde
litúrgica).

¡Nada! Ni río, ciudad, ni campo. ¡Nada!

¡Hermanita, mándame ir a ti...!

LUIS PEÑAFIEL-ALCÁZAR

POESIA

A J. M. entre la nieve de Suiza.

Dame si necesito la respuesta del mar
inventado detrás como monda de astro
o en la cueva que destruyen tus labios
limpia frontera del hondo anochecido:
prendido a ese abismo mi sueño ahuyenta luz
lenta luz o desesperación última del labio.

Hora en que el olvido se hace calzado de la estrella
y desciende al foso de la calavera una violeta
la saliva pone vetas luminosas en la gruta
donde la brisa suena murallas.

Voy a lo largo de una atmósfera caída
cuando los corzos preparan su figura de lágrima crecida
entre la hierba
contracciones en llama viva
llantos desviados por el bronce
cuyo lucero reclama el sitio de su silencio.

El muchacho que gime atolondrando astros
y que con la mano levanta un universo de olvido
al pagar su retrasada cuenta de crepúsculo
se le humedece el vestido hasta desprenderle la luna.

Los remos lloraban delicados
por el fulgor la noche constelada de abetos
inmersa circunferencia de lágrima clandestina
tapiada como un destierro que lucha
resplandores en la frente sin sonido
más lenta que una flor que no encrespan los ríos.

Sudor o roto cuchilleo
o la nube halo de lila entre visos
humedeciendo la tierra y los zapatos
por el vuelo turbio del estanque profundizado hasta la
soledad
íntimamente estrella como el galope detenido sobre los huesos.

LEOPOLDO PANERO.

LA GITANA DEL BAR

Dentro de los nuevos modos de intransigencia trascendental, tiene notoriedad atrayente, aquél por el que se quiere afirmar o negar la simple tradición, no ya la heredo-historia.

La tradición se convertiría así inflexible, inexorablemente en creencia, en ideología, en orientación, en método regulador del desarrollo colectivo. Para los que la acepten, en tales proporciones, como para los que la rechacen, tradición es una escuela benéfica o una escuela malsana, la fórmula constantemente salvadora o la fórmula eternamente perjudicial.

La ausencia de esa extraña virtud de la equidistancia, reemplazada, infelizmente, por el egocentrismo de todas las exageraciones, hace que ni aquéllos ni éstos, ni los perpetuadores de lo que fué, ni los que devastan el pasado, hayan podido coincidir en un punto esencial que, por serlo, resulta definitivo.

Tradición—dígase una vez más—no importa objetivamente considerada—exclusiva manera en que es dado tomarla—ni doctrina ni principio ni postulado, cualesquiera sean las controversias que suscite, las consecuencias que aporte, las dispares vías que señale. Podrá admitirse, podrá estigmatizarse; pero jamás podrá suprimirse. Hecho, suceso, suma de hechos, suma de sucesos, lejanos, inmediatos, arrastran una conexión que la humanidad no ha tenido aún la virtud de aislar ni de sustraer a ninguna actualidad. El juzgamiento absolutorio o condenatorio de los acontecimientos idos, no aparejará nunca la negación de esos acontecimientos. El episodio pueril como el importante, ahí quedan, desde el momento en que se producen. Cada cual a aplaudirlos, cada cual a repudiarlos.

Por eso, precisando, repetimos que los acontecimientos, los episodios incorporados a la circulación social tienen inmutabilidad tradicional, fuere cual fuere su grado de significación.

Y descendamos a la comprobación diaria, empezando por el episodio pueril, el que más fácilmente escapa a la vigilancia de la observación.

En la gran Vía, en la plenitud del Madrid, innovado por las vastas rutas, existe un bar moderno, un bar de vanguardia, rotulado con minúsculas, cual ordena el dogma que los iconoclastas de todos los dogmas literarios, han proclamado como consecuencia leal a ese principismo inocente que les permite repetir lo antiguo con la ilusión gloriosa de lo presuntivamente moderno. El decorado del bar concuerda con el exterior.

No hay extravagancia futurista que falte. Unas tunas dentro de unas macetas indescriptibles. Estilización sólo al alcance de unos pocos iniciados. Se completa, así, la novedad de un cabaret alemán, en Madrid, reducido al mínimo de sus medidas. Nada hay allí que recuerde al antiguo Madrid ni a la antigua España, no siendo la presencia de los toreros de hoy, clientes cotidianos que acompañan, a pesar de la obligatoriedad tradicionalista de la profesión, el deseo de sustituir con nuevas formas los bulliciosos cafés, que aun caracterizan a la villa, a lo largo de su forzosa renovación. En el interior del bar una ininterrumpida alegría, frívola, en esencia y en manera. Nada grave absorbe la atención de nadie. Es una abstracción de todo lo trascendente. Y dentro de la trivialidad ineludible del ambiente no existe más tema que el último tema fugaz, difundido en la hora última de la tarde. Pero arrimada a la puerta del bar futurista, de las letras minúsculas, de las decoraciones estilizadas, de las tunas y de las macetas indescriptibles, está viviendo incorporada a la atención de la clientela, una gitana—concluida para el amor—, triunfante, sin embargo, para compenetrar el dolor que ha reemplazado a aquél. Es la realidad innegable de una tradición española. Es—insistamos—una gitana con sus manos brujas, con su recia piel de cobre y que deja descubrir, todavía, un latido de misterio en las cuencas, ya rugosas, de sus ojos definitivamente opacos. Fué modelo irreprochable de pintores y escultores españoles. Los más célebres la poseyeron y reprodujeron su magnífica desnudez humana. Un orgullo patriótico los decidió a llevarla a París, y allí también impuso el arte de su cuerpo. Hoy es lotera. El interior del bar no le interesa. Tampoco le interesan los hombres; tampoco las alternativas anteriores de satisfacción o desasosiego. Apenas si como sugestión de suave amargura demuestra a los que comienzan en el tumulto de la vida unilateralmente mundana, la fragilidad de las vehemencias iniciales y la transformación efímera de otras que le siguen con análoga inconsistencia. Pero cuando de esto habla, habla sin melancolía y sin transcendencia. Su espíritu incultivado ha penetrado en un plano que la orgánica materialidad de sus primitivos deseos le impidió siquiera concebir. Sin duda, por ello pone la perdida vibración de su temperamento, renueva todo el fervor de sus quietos anhelos, cuando refiere su consagración actual al cuidado de una hija

paralítica, reflejo impecable de la hermosura materna. La frialdad de sus anécdotas de amor desaparece y domina, entonces, el tono fuerte de una ansiedad invencible. La gitana configura, así, su tradición esencialmente española de gozo y de tragedia, arimada al bar futurista, en contacto con los nuevos hombres que van marcando los nuevos moldes de los nuevos gustos...

Y del episodio pueril que, como expresamos, escapa fácilmente a la vigilancia de la observación, nos queda la comprobación de que en este laberinto de actualidad y de pasado, en esta confusión, cada vez más turbulenta, de conceptos, de rumbos, de definiciones, nada más condenado a rectificaciones, nada más expuesto al vacío, que la vana pretensión de una verdad rígida, sin evolución, sin paralelismos y sin coincidencias.

La tradición, la heredo-historia, podrán trastornar la posibilidad de una orientación mejor de una próxima o futura humanidad. Será imprescindible, quizás, obstruir el imperio de su influjo; pero victoriosa aquella o esta tendencia, no inferioricemos nuestra claridad interpretativa con la persistencia que algunos evidencian, cuando niegan tozuda y rotundamente la realidad de los acontecimientos incorporados ya, según dijimos, a la circulación social.

Si así seguimos procediendo, tal vez se nos reaparezca la gitana para destruir nuestro equivoco y para convencernos, también, de que en la intimidad colectiva, como en la intimidad individual, no hacemos sino suceder idénticos sentidos con estados diversos, como ella misma sustituyó el amor por el dolor manteniendo su perenne continuidad de tortura.

CARLOS MARÍA GURMÉNDEZ

ALMA TRISTE

Fueron un día
los versos de aquel libro entre mis manos
sepulcros de poetas, de amigos cariñosos
ya perdidos.

No anhelo
sino un vago recuerdo
de leves confidencias ya imposibles,
de amantes con luto por sus novias,
era entonces
mi ardiente inquietud de otro momento.

Como un vago recuerdo
de haber hablado a mi primera novia
sintiéndome impasible.

Como un vago recuerdo.

Tan triste
como si un alma amiga supiese mi tristeza,
sentía mi silencio
mi angustia de agonía
como un breve momento de amor en despedida.

Siendo el sol en mi ventana
como un otoño triste que me invitase al llanto,
era el dolor, en mi alma,
como un dulce refugio de pena no gozada.

Todo, todo,
como un íntimo,
como un leve recuerdo.

ARTURO SERRANO PLAJA

ESTAMPAS

EL AMANECER

Con la borla de la luna
se está empolvando la aurora,
porque el lucero del alba
le ha dado un beso en la boca.
Con mantilla de madroños
y con su peina de concha,
mirando al ruedo del mar
por la barrera se asoma.
La noche le guiña el ojo
—entre sensual y burlona—
al sol, que en cola de gallo,
su varillaje desdobla.
Desde el tendido del cielo,
las estrellas, cual manolas,
se envuelven en sus mantones
como las majas de Goya.
Torero gitano el día
se afina con tres verónicas.
Mojada su puya en sangre
los picadores galopan.
Dos banderillas de lujo
con sus colores adornan
la pinturera mañana,
cambiante de luz y sombra.
Vestido de grana y oro,
fija su muleta airosa,
y en el testuz de la noche
clava su espada muy honda.

LOS CARABINEROS

Traje color aceituna
y al brazo las tercerolas,
vienen los Carabineros,
atisbando entre las rocas.
Son duros, sobrios y fuertes
y bravíos cual las olas
que baten en los peñascos
de las rías y las costas.
Curtidos por la intemperie,
cruzan el campo de Monda
y el río Guadalevín,
de tradiciones remotas.
Verdes los Carabineros
—la esperanza está en sus ropas—
En las gargantas del Tajo,
van a poner su custodia.
Trajes color aceituna
van escarpando las rocas.
La gente de la jarampa
se agazapa entre las sombras.

LOS CONTRABANDISTAS

Contrabandistas valientes
vuelven camino de Ronda,
con el alijo a la espalda
por senderos en cabriolas.
—¡*Tempranillo* de mi vida!
¡Bandolero de alma heroica!
Está de anécdotas lleno
el canto de las alondras.
—¿Dónde vas, *Diego Corrientes*?
—En busca voy de mi novia.
Verdes los Carabineros,
verdes el cerro y la fronda.
Pernales aventureros,
romance de barcarolas.
Una emboscada en la umbría
estremece a las palomas.
Refugios inaccesibles
para *El Niño de la Gloria*;
canción de cuna y de muerte
los caños de tu pistola.
La vida de *Pasos Largos*,
dramática y prestigiosa,
audaces contrabandistas,
tuvo mal fin en la horca.

LA SERRANÍA

Pueblan cuentos y leyendas
las serranías de Ronda
y en el abismo del Tajo
los fantasmas se incorporan.
La gente de la jarampa
se agazapa entre las sombras.
Trajes color aceituna
van escarpando las rocas.
Curtidos por la intemperie,
por los riscales se asoman,
rudos, bravíos y fuertes,
al brazo las tercerolas.
Canción de cuna y de muerte
el caño de las pistolas;
contrabandistas valientes
se agazapan en las sombras.
Está llena de rumores
la Serranía de Ronda,
baluarte y refugio moro
de los Emires de Córdoba.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

CADIZ

Romance lento

Despacio... en el horizonte
un jirón azul y blanco...
Cádiz levanta hasta el sol
su blanco y su azul... despacio...
Indiferente y tranquila
la ciudad vive despacio...
y un mar redondo y caliente
la ciñe con lento abrazo.

Mina de cal, por sus calles
la cola del sol... despacio...
despacio... doblando esquinas
sus vientos medio sonámbulos...
despacio... sus pies y ruedas...
su vino andando... despacio,
despacio... el dejo dejillo

de su andaluz... y despacio
las aventuras de plata
de sus últimos románticos..

—
¡Con dejos largos... los días...
las noches, con lentos pasos...
y en el oro interminable
de los crepúsculos largos
despacio... y remotamente
Cádiz se aleja... despaciol...

—
¡Cádiz: punta de una nave
que se hunde en el mar... despaciol!
¡Cádiz: pereza oriental
y meridiano sonámbulo!...

VICENTE CARRASCO.

NOCHE

... y en su negro reír
mostrando en las estrellas
los dientes
que temblando
mastican copas de árbol y veletas...

Copas largas, ascendidas;
escalas de hojas,
ahora nubes negras
en que la luna emboza
el blanco frío
de sus rosas blancas...

En el azabache,
herido de plata,
la muerte,
rondando con cara de luna...

Y todo son nubes...

Nubes largas,
que a mi cuerpo
entre llamas de estrellas
pasean...

El funeral del alma,
que en la noche,
siente extinguirse
—como cualquier casa—
al morir,
—embozado de nubes,
ahorcado de algodones sucios
teñidos con sangre de plata—

el último cabello cano de una estrella...

Y la muerte en la luna blanca...

El árbol triste,
alarga su cabello a la luna,
olvidándose el talle
que no se ve en el río...

Y las sombras,
heladas, unidas, negras,
componiendo en el agua,
triste y ancha
serpiente de laca,
escamada en plata,
que aplastada muere
por la nube negra...

En el río, mi sombra,
que tiembla húmeda en el agua,
bañándose quieta...

Las estrellas,
pintando silentes
su cara de negro...

Y de luna cortante,
mi sombra temblona
se ha herido, muriendo...

Cantándome el árbol
el placer del aire...

ENRIQUE AZCOAGA.

LOS FRANCESES DE LA FONDA

(1.

«Casa de viajeros»:
escena del drama
de dos extranjeros.

El uno era rubio
y la otra morena.
El era muy malo,
ella era muy buena.
El era de Alsacia
y ella de Lorena.

Se llevaban mal
(¡Qué falso es el mito
internacional!).

(2.

Alcotán frenético,
paloma sin hiel,
Y los picotazos
iracundos de él
detrás de la puerta
de un cuarto de hotel.
Sonrisas corteses
—la hipócrita escolta
de los dos franceses—.

Pero ya la fonda,
levantado el velo,
chistaba en sigilo
la historia del duelo:
¡Chits!... Se va Desdémona.
¡Chits!... Ya viene Otelo.

(3.

Sin gloria ni pena
pasó por la fonda
el drama y su escena.

Con los dos franceses
de Alsacia y Lorena
que uno era muy rubio
y otra muy morena
que él era muy malo
y ella era muy buena.

ALFREDO MARQUERIE

POEMAS

SOLEDAD

Me interno en un camino
sin fin y sin paisajes
y buscaba un camino
vivo, que con sus brazos
me acercase ciudades.

Rodeado de todos
me duelen soledades
y me siento tan fuera
de la vida y del aire
que si miro a un espejo
veo muerta mi imagen!

OPTICA

Entre tus ojos y los míos
hay un cristal impasible
asfixiando tu mirada
que llega a mis ojos muerta.

¡Ay tu mirada de antes
cuando no la detenía
ese cristal y llegaba
viva a posarse en mis ojos!

Mas... ya no llega hasta mí.
Queda sin vida en el aire
al pasar por el cristal
frío que la guillotina.

ILDEFONSO MANOLO GIL

Romance de alta tensión

“...¡Ay, niñas las de la Torre...! (1)
Ay, que una xana hechicera,
les roba los corazones...
Ay, que inocentes la siguen,
Ay, que embelesadas corren...
...¡Ay, niñas las de la Torre...!
Ay, que prendidas las lleva,
con cadenitas de flores...
...¡Ay, niñas las de la Torre...!”

1

Todos los niños cantan el romance de la xana. Algunos la han visto en noches de fiebre. También algunos viejos la han visto. La conciencia en sombras no percibe la realidad: crea la leyenda, el tabú. Antes que el uso de la razón, la humanidad conoce el abuso de la facultad imaginativa: se masturba. Antes que de realidades vivas, el mundo se llena de fantasmas. En el principio un dios ejerce su dictadura desde un bosque o bien desde una piedra. Tiene bueyes o se dedica a domesticar tritones con la fusta del viento. Luego estos dioses huyen de las cuevas y los bosques terrestres para hacerse fuertes en los reductos cerebrales. A los dioses jocundos y los mitos poéticos sustituye la Teología. Todo lo que ha ocurrido después, no es más que la lucha de la conciencia libre, contra los fantasmas metafísicos. Contra las sucesivas formas del mito. Esto ya lo sabía Platón. Pero Platón era un ingenuo que jugaba a la dialéctica y a gobernar los pueblos por principios razonables.

2

Los técnicos hablan de terrenos carboníferos, de terrenos devonianos, de unidades de fuerza y de vender unos caballos invisibles. Frente al molino pronuncian una palabra mágica: Progreso. Y una palabra más oscura aún: Técnica. El molinero no entiende. Pero adivina que allí dentro del molino, en el hilo de agua que mueve la turbina primitiva, hay una idea. Una idea capaz de producir el milagro. Una idea que los técnicos, los hombres de gafas y polainas, se llevarán anotada en su block.

3

La fuente ha desaparecido. Ni xanas, ni cadejos de oro, ni locas melenas de espuma. De la montaña cuelgan ahora unos tubos de hierro. La locura cantarina del agua, tiene puesta su camisa de fuerza. Los técnicos trabajan y los niños han olvidado el romance. La idea que guardaba el molino era un embrión y se desarrolló. Ahora es una Central y se cotiza en la Bolsa de Madrid. «A pesar de la crisis, las eléctricas siguen sostenidas». Los periódicos, entre noticias políticas, suelen hablar del cine. «He aquí el séptimo arte, que está en la infancia».

El romance de la fuente pasó a la pantalla: se hizo luz. El cine nutre ahora las avidencias imaginativas de los niños ciudadanos. En la pantalla como en el romance, adquieren las sombras relieves de realidad. Y los niños contemplan admirados las xanas rubias de Hollywood, hilanderas que devanan sueños, en kilómetros de celuloide. Para los viejos campesinos sigue vivo el misterio. A las leyendas orales y el romance de xanas, ha sustituido esta otra leyenda escrita: «No tocar, peligro de muerte». Los campesinos que saben deletrear, leen esto y tiemblan. Para los que no saben leer, hay otros medios de expresión gráfica: una calavera descansa sobre la cruz de dos huesos. Así persiste el misterio. Antes moría quien viese la xana. Ahora muere quien toque unos hilos metálicos. La fuerza oculta y fatal sigue manando de la montaña. El mito sigue preso en la piedra. Los hilos de oro que guardaba la xana se devanan ahora en las bombillas de la ciudad. Son los mismos que mueven los fantasmas del cine y llevan palabras de uno a otro continente. Los técnicos sacaron por el ojo de la fuente el tesoro de la xana. Han convertido el caudal de agua en un producto capitalizable. La fuente con su leyenda dorada y su tabú, en una metáfora vulgar. Ahora es «una fuente de riqueza».

JUAN A. CABEZAS.

(1) En Asturias xana = hada. Divinidad femenina rural que vive en las fuentes. Tiene grandes tesoros en palacios subterráneos. Se la ve ordinariamente a la orilla de un arroyo lavando un cadejo (ovillo), cuyas hebras son siempre de oro. La xana suele danzar en las noches de luna y gusta de engatusar doncellas, a las que seduce con la leyenda de sus tesoros y el hechizo de su voz. “Mitología Asturiana”, C. Cabal - Madrid, 1925.

FRAGATA ~

Triunfo del viento y del mar,
fragata en blancas estelas,
en la pompa de las velas
delirio de luz solar.
Joya de la pleamar,
alza sobre las espumas
un horizonte de plumas
la blancura rutilante:
arquitectura volante
reina de brisas y brumas.

ISLA ~

Isla de mar en el mar,
isla de cielo en el cielo,
escolleras de un anhelo
que no se puede lograr.
Isla de la luz solar
que las sombras desvanece.
Isla de ilusión que mece
de nuestro vivir el sueño
y al hacernos señor, dueño,
jugando desaparece.

JOSÉ F. DÍAZ DE VARGAS

REGISTRO DE LOS CAMPOS

Ya no quise seguirte,
flor,
hacia tu apuro de rosal cansado;
hacia el primer pómulo primaveral
al que se aprieta la extenuada música de los hielos.

Iba
a balbuceos de precipicios blancos
y a lo que no se encuentra en el cuello del águila
ni en la feminidad concisa del naranjo.

¡Qué jardinero
mira
tan calladamente
que se escucha la elevación de la savia,
el descendimiento mortal de las hojas,
la angustia fugitiva de las ramas al quedarse desiertas!

Se escucha
también
la crudeza humana del cielo volando inesperadamente
por el aire diminuto de los invernaderos.

¡Y hay una promesa en las arenas recostadas
sobre los párpados lacerados de los caminos!

JOSÉ MARÍA LUELMO

Bailarines de pies desnudos

Son rusos,
bailarines de pies desnudos

Llevan el cerebro en los pies
a través del mundo.

Y sus pies se acarician en las pistas
y en la intimidad.

En la práctica, sus pies trazan las firmas
de sus *carhets* de cheques.

Ella, glácil,
El, recio,
sus pies se confunden.

Se aman, y luchan,
a cuatro pies.

Saltan, jadean,
transpiran con Chopin
y con Rimsky-Korsakoff.

El sudor de sus cuerpos
es un sudor musical.

Evocan la estepa,
el Amor, la Muerte
y el MAS ALLÁ rítmico
del Mal y del Bien.

Y cuando baja el telón,
les aguarda un baño de pies.

P. MINELLI-GONZÁLEZ.

Madrigal a las seis de la tarde

Hacia tu sombra, sin remanso de espejo,
sin playa de canciones, sin aromas,
mi amor, alegremente,
dibuja tus sonrisas y tus hojas.

¿Por qué me cantas dentro?
¡Si yo no soy tu jaula ni tu sombra!
¡Si yo no soy tu rozo de ternura!
¡Ni tu sed, ni tu hambre!... ¡Ni tu aurora!!

—Pero en ti mis miradas amanecen
y marca siempre mi corazón tu hora—.

Tus ojos serán verdes
cuando la noche sea exactamente hermosa.

Pero entonces se cerrarán los cines
y tus playas de amor nacerán de mi sombra.

Espero que maduren
las manzanas del cielo, en tu boca:
ese agrio momento
en que los madrigales—y los ruidos—estorban

¿Por qué estás a mi lado?
La noche, no floreció sus rosas
y es demasiado triste, a las seis de la tarde,
romper un madrigal para entrar en tu alcoba.

AUGUSTO MARÍA CASAS.

homenaje

«Lo que se esperaba de vosotros, viene hecho realidad en ISLA, tan elegante de forma visible como enraizada al fondo y levadura de nuestra Raza, no obstante su actualidad. Vosotros no debéis perder jamás la alta investidura sagrada del respeto a las grandes excelsitudes de la Poesía, que sabéis practicar. Ojalá no se malogre ISLA, tan cabalmente nacida y echada a andar hacia el gran público».

Reciente el fallecimiento de Salvador Rueda, ISLA dedica su página de homenaje al brillante poeta andaluz, reproduciendo dos sonetos inéditos suyos, escritos en su lecho de enfermo, que con las anteriores, alentadoras palabras, nos enviara pocos días antes de morir.

Los collares enfermos

Enfermedad marina son las perlas,
pólipos de las conchas nacaradas;
por el iris están amortajadas
y a nadie da misericordia verlas.

Si deliran las frentes por tenerlas
en collares lucientes engarzadas,
no es porque esplendan de salud ornadas,
sino por ser orgullo poseerlas.

Son tísicas románticas de Oriente
que traen los mercaderes a Occidente
como en un vil comercio de doncellas.

Y cual cuerda de presas sin ventura,
maniata el collar las perlas puras,
¡por el solo delito de ser bellas!

Los libros de flores

De hojas febles, más febles que un suspiro,
era la gran corola consagrada
que en el Egipto al sol desmelenada
erguía en rectos tallos el papiro.

Liada en sí con apretado giro,
su corteza sutil fué devanada,
y por química forma transformada,
brilló en folios más puros que el zafiro.

Babilonios y egipcios escribieron
esos libros de flores, que tiñeron
de rara tinta con maestro estilo.

En la Historia y la Vida penetraron,
y en sus lenguas de azul los promulgaron
las siete trenzas en que se abre el Nilo.

SALVADOR RUEDA.

